

UN DISCURSO CHILENO DE AMADO ALONSO

VIDAL TORRES CABALLERO
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID (ESPAÑA)

Resumen: Informo de la existencia de un discurso que Amado Alonso leyó en los actos de celebración del centenario de la Facultad de Filosofía y Educación, de la Universidad de Chile. Edito, en segunda edición, el mencionado discurso.

Palabras clave: Amado Alonso, discurso académico, Universidad de Chile.

Abstract: I report the existence of a document Amado Alonso read during the celebration of the centenary of the Faculty of Philosophy and Education at the University of Chile. I edit the mentioned document for a second edition.

Key words: Amado Alonso, academic speech, University of Chile.

Résumé: Je présente et j'informe d'un discours qu'Amado Alonso avait lu lors de journées qui commémoreraient le centenaire de la Faculté de Philosophie et d'Éducation de l'Université du Chili. En même temps, je réalise la deuxième de ce discours.

Mots clés: Amado Alonso, discours académique, Université du Chili.

Entre los papeles de Amado Alonso guardados en los archivos de la Universidad de Harvard («Papers of Amado Alonso»), y que microfilmados se encuentran en la Residencia de Estudiantes de Madrid (Archivo Amado Alonso), se halla un discurso mecanografiado con correcciones autógrafas, de cinco páginas, con el sello «Universidad de Chile / Facultad de Filosofía/ Educación», titulado «Discurso del Dr. Alonso en la velada inaugural del primer centenario de la Facultad de Filosofía y Educación»¹. En principio, pensé que este discurso no lo había publicado su autor; tampoco se encuentra registrado en ninguna de las bibliografías sobre Amado Alonso; pero después de indagar, y casi por casualidad, encontré una publicación de la Universidad de Chile en la que se recoge el mencionado discurso. Lleva por título: «Discurso del Dr. Amado Alonso, en la vela inaugural» (en el índice:

¹ Véase, en la madrileña Residencia de Estudiantes, el rollo cinco, microfilmación de los papeles contenidos en la caja cinco («Course lists and notes») de los «Papers of Amado Alonso».

«Discurso del Dr. Amado Alonso, profesor de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad de La Plata, en la velada inaugural»), publicado en Facultad de Filosofía y Educación (Universidad de Chile), *Conferencias conmemorativas de su primer centenario, 1843-1943*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1944, págs. 23-26. En esta obra se recogen las alocuciones -tres discursos, doce conferencias y un prólogo- de profesores de diversos ámbitos del saber (humanidades, matemáticas, física, química, biología y educación física) que intervinieron en la celebración del centenario. En el campo de las humanidades, intervinieron Yolando Pino, Amado Alonso, Ricardo Latcham, Ricardo Donoso, Rodolfo Oroz, Claudio Rosales, Mariano Latorre, Roberto Munizaga y Humberto Fuenzalida.

Amado Alonso se relacionó con Chile a través de investigaciones sobre el español en ese país, en colaboraciones en prestigiosas revistas chilenas² y por medio de cursos impartidos y conferencias leídas en la Universidad de Chile. Amado Alonso también deslumbró con su magisterio a los chilenos en la visitas profesionales a la Facultad de Filosofía y Educación. En este sentido, hay un pequeño dato para la biografía de Amado Alonso que señalaré a modo de curiosidad: sus viajes a Chile. María Rosa Lida³ indica que fue profesor visitante en la Univesidad de Chile en dos ocasiones: enero de 1936 y julio de 1941 (en el verano y en el invierno chilenos, respectivamente), y que la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile lo nombró Miembro de honor en las fiestas de su «cuarto» centenario. El año 1941 es la fecha del cuarto centenario de la llegada a Chile de la expedición de Pedro de Valdivia y el cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Santiago (1541-1941). El pronombre *su*, empleado por María Rosa Lida en este con-

² «Rodolfo Lenz y la fonética del castellano», *Anales de la Facultad de Filosofía y Educación* (Sección de Filología, Universidad de Chile), II, 1, 1937-1938, *Homenaje a la memoria del Dr. Rodolfo Lenz*, 1938, págs. 11-17; «Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz», *Revista de Filología Hispánica*, I, 4, 1939, págs. 313-350; Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Rodolfo Oroz, *El español en Chile*, traducción, notas y apéndices de Amado Alonso y Raimundo Lida, Instituto de Filología (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, VI), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1940. Los responsables de los *Anales de la Universidad de Chile* incluyeron en el mismo número (año XCIV, n° 24, 3ª serie, de 1936) dos trabajos de Amado Alonso: «Vida y creación en la lírica de Lope», págs. 5-27 (que también se publicó ese mismo año en *Cruz y Raya*, 34, 1936, págs. 63-106) y «Caducidad y perennidad en la poesía de Lope», págs. 28-38; trabajo este que había aparecido un año antes en *La Nación*, 25 de agosto de 1935 (sección Artes-Letras, pág. 2).

³ Introducción al librito, sin autor, *Bibliografía de Amado Alonso. Homenaje de sus discípulos*, [Imprenta] CONI, Buenos Aires, 1946, págs. 10 y 12.

texto, puede despistar; pero lo cierto es que la Facultad de Filosofía y Educación celebró *su primer centenario* en 1943, como se indica en el título de la obra en la que se publicó el discurso de Amado Alonso, quien en el segundo párrafo del discurso que recupero deja claro: «Dos veces he tenido ya el privilegio de actuar en esta honorable Facultad como profesor visitante» (pág.1 del original mecanografiado y página 23 de la primera edición impresa). Luego, al menos, fueron tres las visitas a Chile, las dos que menciona más esta última de 1943. Las dos visitas anteriores fueron en 1934 y en 1936, como señala Norberto Pinilla⁴: en 1934, con motivo de la Segunda Conferencia Interamericana de Educación; y en 1936, en la Escuela de Verano (cursos de verano) de la Universidad de Chile.

En su discurso, Amado Alonso compara brevemente los objetos de estudio de las ciencias físicas y de las ciencias humanas, y afirma la inevitable -y necesaria- provisionalidad de los resultados y conclusiones de las investigaciones científicas (de las ciencias de las materias y de las ciencias del espíritu). En pocas palabras resuelve con maestría el eterno, y siempre actual, dilema ciencias-letras y la razón última de toda investigación. Parte del contenido de este discurso ya lo había incluido Amado Alonso en su discurso inaugural de los cursos de verano de la Facultad de Filosofía y Educación, de la Universidad de Chile, en enero de 1936. Norberto Pinilla, en la primera página del prólogo mencionado, recoge un fragmento de ese discurso de apertura, palabras que voy a reproducir por su interés y porque enlaza perfectamente con el discurso de 1943:

La virtud de la verdad está en buscarla más que en explotarla. El fruto del Árbol de la Ciencia dejó en el hombre la incontenible y fecunda angustia y comezón de conocer y la sagrada condena del *semper ignorabimus*. Por eso, seguros nosotros de nuestra necesaria limitación, tanto como de la legitimidad de nuestros anhelos de conocer, la convicción de que jamás llegaremos al conocimiento cabal de nuestros temas y cuestiones, y de que nunca alcanzaremos la verdad verdadera y última, no nos agobia de escepticismo ni nos impide seguir y seguir taladrando y ahondando hacia la inalcanzable meta.

⁴ «Prólogo» a Amado Alonso, *El artículo y el diminutivo*, Universidad de Chile, 1937, pág. 3. El prólogo es de fecha 21 de octubre de 1936. Véanse, además, ALONE [Hernán Díaz Arrieta], «Amado Alonso», *Atenea* (Universidad de Concepción, Chile), XIII, XXXIII, 128, febrero de 1936, págs. 129-144, especialmente págs. 129-131; y Juan Uribe-Echevarría, «El problema del lenguaje en América, por Amado Alonso» [*El problema de la lengua en América*, Espasa-Calpe, Madrid, 1935], *Atenea*, XIII, XXXIV, 130, abril de 1936, págs. 30-37, especialmente págs. 30-31, donde se mencionan las clases y las conferencias dadas por Amado Alonso en los cursos de verano de la Universidad de Chile, en enero de 1936 (verano chileno).

A continuación edito, en segunda edición, el discurso leído por Amado Alonso en los actos de celebración del primer centenario de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, en 1943.

DISCURSO DEL DR. AMADO ALONSO EN LA VELADA INAUGURAL⁵

[Segunda edición, preparada por Vidal Torres Caballero⁶]

Tengo el señalado honor, junto con mi colega don Francisco Romero, de traer ante esta Honorable Casa de Estudios, los saludos, las felicitaciones y los buenos augurios de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, y muy en especial de las Facultades hermanas de Filosofía y Letras y de Humanidades.

En cuanto a mí mismo, permitidme manifestar, además de mi gratitud por vuestra honrosa invitación, otro sentimiento menos ceremonioso y de visita, un gozo de participación personal, aunque modesta, en la obra de estudio y de enseñanza acumulada en estas austeras aulas durante cien años de callada labor por generaciones de autoridades, de profesores y de alumnos. Dos veces he tenido ya el privilegio de actuar en esta honorable Facultad como profesor visitante; y en esos cursos he dejado lo mejor de que soy capaz, y aquí he recogido el más deseable galardón: la estimación y la amistad de mis colegas chilenos, y que me tengan por uno de entre ellos.

No toméis, pues, a arrogancia el que no me sienta del todo ajeno a este brillante jubileo, y que, al hablar, me incluya como algo más que un visitante.

Ya celebró Chile en su día, y con digna pompa, el centenario de su Universidad nacional⁷, y, sin embargo, ambiciono que este centenario de la Facultad de Filosofía y Educación no sea exclusivamente para nosotros, los humanistas. En esta era de la eficacia y del increíble dominio de la naturaleza por el hombre, es frecuente el sentimiento de condescendencia con que los

⁵ Publicado en Facultad de Filosofía y Educación (Universidad de Chile), *Conferencias conmemorativas de su primer centenario, 1843-1943*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1944, páginas 23-26.

⁶ Agradezco a D. Ramón Alonso y a D. Juan Manuel Alonso, herederos de Amado Alonso y de Joan Evans, la autorización para la publicación del texto. Igualmente, doy las gracias a D. Leonardo Urrutia, bibliotecario documentalista de los Servicios bibliotecarios electrónicos de la Universidad de Chile, por sus buenas gestiones y por haberme enviado el texto del discurso; a D^a Julia González, por haber tramitado mi solicitud de permiso; y a D. Fernando Valenzuela Erazo, asesor jurídico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma universidad, por el permiso de reproducción del discurso de Amado Alonso. Mantengo los párrafos del original y modernizo la ortografía. En su discurso, Amado Alonso no incluye notas a pie de página.

hombres de las ciencias de la materia miran a las del espíritu. Solo las matemáticas obtienen su incondicional estimación, porque son la base práctica para su conocimiento cuantitativo y mecanicista de la naturaleza. En la metafísica, en la sicología, en la noseología y otras disciplinas filosóficas, en la filología, en la arqueología, en la historia del arte, de la cultura, de los Estados, en la etnografía, en la antropología y demás ciencias históricas, ven unos conocimientos demasiado imprecisos y vacilantes, cotejados con los de las ciencias físicas, y unas técnicas incomparablemente menos disciplinadas que las suyas.

Hay que admitir enseguida que si son nuestros conocimientos menos seguros y nuestras técnicas menos rigurosas que los de las ciencias de la naturaleza, en modo alguno suponen esos «menos» desventaja o minoría de edad: las ciencias físicas, que tienen como objeto de estudio la materia inerte y la vida, trabajan sobre determinaciones y en busca de nuevas determinaciones, y solo cuentan con la libertad del objeto como un resto metafísico que cae fuera del foco de sus microscopios. Su avance consiste precisamente en reducir ese resto de indeterminación, extendiendo el conocimiento de las leyes de la necesidad.

Las disciplinas filosóficas e históricas, que tienen como objeto de estudio el espíritu y sus huellas en el transcurso del tiempo, trabajan sobre la libertad, que está en la esencia del espíritu, y en busca de los testimonios y productos objetivados de esa esencial libertad; y, si también cuentan con determinaciones y necesidades, esas no hacen más que condicionar la vida libre del espíritu, como el cauce que el río se va labrando para su propio curso; no son más que la materia cuya resistencia es necesaria para la manifestación del espíritu, así como la luz, para hacerse visible, necesita chocar con los corpúsculos del aire, y así como el aire es necesario para el vuelo de la paloma.

El objeto científico de las humanidades es el registrar e interpretar el paso del espíritu por la tierra, y el sorprender la autodeterminación de lo que las ciencias físicas llamarían su funcionamiento y que las nuestras llaman su vida (y, por supuesto, no la vida biológica, sino la vida biográfica).

⁷ La Universidad de Chile se creó en 1842 y entró en funcionamiento al año siguiente; Andrés Bello fue su primer rector –su rectorado duró veintidós años seguidos–, y el día 17 de septiembre de 1843 leyó el discurso de inauguración del curso y de la universidad recién creada (discurso largo y sustancioso que, sin duda, leyó Amado Alonso). El año 1942 es, pues, la fecha del centenario de la creación de la universidad nacional chilena; y 1943, la del centenario del primer curso académico, la de apertura de la Universidad de Chile y de la Facultad de Filosofía y Educación.

Esta diferencia sustancial entre los objetos de las ciencias de la materia y de las ciencias del espíritu hace que nosotros, los humanistas, sintamos en cada avance nuestras averiguaciones en el mismo instante del triunfo, que nuestra alcanzada verdad sea una verdad provisional, pues bastan unos ojos diferentes, con otra decantación de experiencias y con otros ideales, para que las sombras del espíritu formen sobre el suelo de nuestra conciencia una nueva lacería; y esa diferencia es la que hace también que los trabajadores de las ciencias físicas tengan el justificado orgullo de la seguridad de sus conquistas, porque su objeto de estudio resiste incólume una gran variedad de pruebas y contrapruebas sin quebranto de la interpretación propuesta.

Pero también los conocimientos de las ciencias físicas son provisionales, aunque duren un poco más. Cada tantos siglos viene un Galileo, un Newton, un Einstein que hace ver la vanidad de los supuestos cimientos, y con solo eso se viene abajo todo el gallardo castillo, y hay que levantarlo con nuevas bases y con nueva traza. Estos derrumbes y reconstrucciones ocurren cada vez que un físico de genio siente la necesidad de preguntarse «¿Qué es esta materia objeto de nuestro conocimiento?». Ved el antiguo y hermoso atrevimiento de imaginar el *átomo*, literalmente lo «indivisible». Ved a los físicos modernos asomándose al interior de ese supuesto componente indivisible y revelándonos de pronto dentro de él un nuevo mundo. El átomo es a su vez un compuesto: un electrón y un protón, de cuyo complemento nace la existencia de la materia. Ved a Edington asomándose de nuevo dentro del protón y revelándonos: el protón es a su vez un mundo, una lucha, un drama entre el neutrón y el positrón. Conforme nos van bajando en los pisos y subsuelos de la materia, conforme nos van buscando e identificando los últimos ladrillos del imponente edificio, más fantasmal se va haciendo su sostén material, y la mente se va sintiendo cada vez más centrifugada de los garraderos materiales y disparada por las nieblas espectrales de una pura energía, de un puro suceder, de una pura copulación de espacio-tiempo compuesta de sucesos, como postula Bertrand Russell. Y cuando la física moderna, de componente en componente, llega a vislumbrar como sostén de la materia algo que ya no es materia, una energía, hasta la austera imaginación de los físicos tiene que sobrecogerse y musitar: «Hemos dado con los límites del espíritu». También en la inmensidad de las construcciones siderales, los físicos van empujando

y alejando los límites del saber, y, al estudiar tan inconcebibles cantidades de materia y sus leyes musicales de existencia y movimiento, más allá de toda masa y más allá de todo soporte, se encuentran con una energía: también ahí, y desde muy antiguo, vagan los físicos por los linderos del espíritu. Y vagan como ansiosos cazadores al acecho de la última razón.

Así, pues, la seguridad de los conocimientos físicos solo se siente verdaderamente cuando se trata de razones antepenúltimas, y, más aún, en las finas operaciones de medir y de contar como en las descripciones anatómicas o en el peso específico de los distintos cuerpos; pero conforme se ahonda y se aleja hacia lo último, los físicos sienten la misma esencial y salvadora inseguridad que nosotros los humanistas. Los físicos porque dan con el ámbito del espíritu; nosotros porque desde un principio lo hemos tomado como objeto central de nuestras disciplinas.

Y aquí es donde todos nos unificamos, no en la limitación y en el fracaso, sino en la hazaña común e inmarcesible de buscar el saber más allá de las determinaciones y de las leyes de la necesidad; en la hazaña de buscarlo ahincadamente, a pesar de la evidencia íntima de que nuestras conquistas son siempre provisionales, bien convencidos desde un comienzo de que los conocimientos científicos que hemos levantado después de resquebrajar o de reducir a escombros los conocimientos anteriores, serán a su turno resquebrajados y finalmente demolidos para la erección de los futuros y mejores conocimientos. Y sabiendo que esto sucederá en los próximos lustros, o si no en los próximos siglos, o si no en los próximos milenios, pero inexorablemente y para bien de la ciencia.

Cierto que en esta valerosa renunciación no naufraga del todo nuestra humana ansia de validez personal, porque también vivimos la evidencia de estar participando en una apasionante carrera de relevos en la que nos pasamos de mano en mano una antorcha inextinguible. La antorcha no tanto del saber, cuanto la del ansia de saber más, la voluntad humana de ir arrancando sus secretos al misterio. Y ¿qué importa la fugacidad de nuestras conquistas, qué importa si, a medida que nosotros avanzamos, va el misterio alejando sus intangibles murallas cuando vemos lo esencial de toda ciencia en el tesón humano de averiguar?

Un período chileno de este invencible tesón humano es el que estamos celebrando con las fiestas del centenario de la Facultad de Filosofía y Educación. Y es bueno y confortante detenerse un momento en algunas fechas representativas, es bueno hacer un breve alto en el camino para contemplar el monto de la labor acumulada.

Es bueno y animador. En nada nos acobarda que algunas de las flores del saber que adornaron ufanas estas aulas se hayan ajado y envejecido; en nada nos acobarda tampoco la convicción de que mucho de nuestra lozanía actual también se marchitará. Adelante, y siempre animosamente; convencidos de que nuestras conquistas algún día caducadas, nuestros sucesores han de sacar nuevas y luminosas conquistas. Adelante en nuestra infinita carrera de relevos, de verdad en verdad provisional, siempre a los alcances de la última e inalcanzable verdad.